



El dulce vicio de escribir

María Luisa Rendón Vallejos. Oruro, 1960. Odontóloga, pianista y poeta.
La siguiente es una carta escrita a su padre, don Guillermo Rendón Miranda, fallecido recientemente en Santa Cruz de la Sierra.



Con el inmenso espacio que queda cuando alguien parte y el misterio se hace presencia

¡ Papá !

(Tu voz en el silencio)

Llena de pesar, con el recuerdo de tu rostro dormido, tercamente dormido para mi, te escribo estas líneas para repasar tus ojos y recibir el abrazo que necesito.

Estoy sufriendo tu partida, ruge el viento en noviembre, como una boca inmensa, empecinada y caprichosa que deshace una suave música, clínica para el silencio.

Somos búsqueda, insaciable encuentro, repetición, vuelta y círculo, espiral infinita de esta vida, dibujada, borroneada. ¡El oficio de vivir!

De todo lo que supiste proyectar, tomé tu amor a la lectura y la música clásica. Todavía escucho, y no dejaré de sonar nunca en casa, el Allegro de la Patética de Beethoven, porque fue tu obsesión repetir y repetir para ver aparecer ese Crescendo al final! El fútbol tu otra pasión. El Oruro Royal y por supuesto San José. ¿Acaso podré olvidar ese gol histórico que te llevó a formar parte de la selección boliviana que nunca te cansabas de contar, y tu invocación a la Virgen del Socavón antes de cada partido?

¡Ah! Lo de Madidi y Curahuara de Carangas ¡ni hablar! Eras tan joven cuando tenías puesta la mochila de aventurero de grandes travesías que como cuentos fantásticos nos relatabas a Nenucha y a mí. "Secretos" de viajero tan llenos de trazos líricos. Fue entonces que comprendiste que el sol de todos los días tenía otros colores, que los espejos se rompían en infinitos pedazos y que existe una tristeza y soledad diferente. Aquella que se sufre a solas -decías.

Y hoy, ¡ese día llegó, papá! El sol que amanece es diferente, las estrellas anochece mis noches, el dolor

de esta soledad, esta partida, esta ruptura, abre un espacio que no tiene igual. Y recién comprendo lo que quisiste decirme. Estoy llorando, padre, ¡a solas, como se sufren las cosas grandes!, y comprendo que así es más mío el dolor de tu partida, así estás más cerca, así me apodero de vos para que te quedes para siempre conmigo.

Ahora más que nunca percibo que mis cosas tienen tus huellas; mis preguntas tus respuestas; mis libros tu presencia, esta ira tu rabia; mis gritos la impotencia que alguna vez descubrí en esa indecifrable lectura.

Esta melancolía es acaso la misma que habita mi espíritu y como rompecabezas emergo en un poema.

Gracias por ser todo lo que fuiste para mí porque descubriste el camino más rápido al aeropuerto y el viaje más corto a... ¡tú lo sabías ya! Sabías del lugar donde se entrelaza la vida, el cielo y la luz que ahora guarda tu respiración.

A mí me costará llegar a cualquier parte y que no me recibas, los aeropuertos deberían asegurar el retorno de todos, ¿verdad?

No me despido. Sólo te digo: ¡TE QUIERO PADRE!; eso sí atesorando el poema de Y. Bedregal que tanto quisiste.

*"... porque quisiera preguntar al mundo por el mundo,
a la voz por la voz,
a los ruidos, por el ruido.*

*Quise preguntar a todo lo que está, por lo que es
y al llegar, sólo me quedó preguntar
por el amor, la presencia y la ausencia..."*

